

PETO MENAHEM



[LA VIDA PERFECTA]

NOVELA

PETO MENAHEM

La vida perfecta

 Planeta

1

El teléfono sonó 8:48 y 9:09. Por eso 9:18 sé que es Fernando Rafael el que llama por tercera vez. Múltiplos. Si no contesto, va a llamar 9:36, 10:01, 10:20 y así hasta que su trastorno acabe con mi día antes de que empiece. Además ya no puedo respirar con la almohada sobre la cabeza. Me levanto, me tiro del pelo y de la barba. Podría arrancarme las orejas o romper el aparato (que sigue sonando), pero en cualquiera de los casos no podría atender los pocos llamados por trabajo que llegan. Nunca tengo necesidad de hablar con ellos. Ni ganas. Me pasa con todo el mundo.

Pero con ellos más.

—Hola, ¿qué pasa?

—¡Buen día, Gusti-Gus!

Detesto que me diga así; lo sabe y lo olvida hace

más de treinta años. Me dice que espera no haberme despertado, me pide disculpas por la hora aunque le parece que ya no es tan temprano y me pregunta si me acosté tarde; me habla del calor tremendo que hace, de su rodilla, del kinesiólogo, de una película que vio en la trasnoche («la había visto hace cuarenta años y me había encantado... Ayer no la entendí»). Cuando empieza a hablar de la huerfina del balcón quiero que un jabalí me mastique las pelotas.

—¿Sabés qué? —le digo—. Estoy en una reunión en este momento. ¿Qué necesitas?

—¿En tu casa? ¿A esta hora?

—Por un trabajo.

—...

—Un encargo.

—Cómo desperdiciás tu talento.

—Sí. ¿Necesitabas algo o podemos hablar en otro momento?

—Está bien. Mirá, Olga María te va a llamar. Ahora está en la plaza en su clase de Tai Chi, pero cuando vuelva te va a llamar. Primero se dará una ducha, comerá algo y después... o tal vez antes de bañarse, puede ser. Quería hablar con vos urgentemente.

—¿Me estás llamando para avisarme que Olga María me va a llamar? ¿O para comentarme que no sabés si me va a llamar antes o después de bañarse?

—No te pongas a la defensiva, Gusti-Gus.

—Bueno, dale. Cuando llame le pregunto si ya se bañó y te cuento.

—Ella no tiene que saber que te llamé. Me pidió encarecidamente que no te llame.

—¿Y por qué no le hiciste caso?

—Quería hablar yo primero con vos para ponerte sobre aviso, para que no fueras brusco. Te va a llamar para que vengas.

—¿Para qué?

—Para hablar.

Como si el aire fuera arsénico, respiro profundo. Miro un poco alrededor, pero no busco nada. Sólo el enojo me calma.

—A ver si entiendo, Fernando Rafael: me hablás por teléfono para decirme que Olga María me va a llamar, y cuando me hable me va a decir, hablando, que me quiere hablar. ¿Es así?

—Sí. Pero mirándonos a la cara.

—¿Es necesario?

—Muy.

—Muy necesario. Hay mucha necesidad.

—Sí.

—Y me dijiste que era urgente. Necesidad y urgencia, mira qué gubernamentales se despertaron hoy.

—Está bien, descargá tu negatividad sobre mí,

debe ser para eso que llamé también. Para que después no se arme más de lo necesario.

Me manda cariños y me vuelve a pedir que no le diga a Olga María que llamó. Intento volver a dormir. Imposible. Meto la cabeza debajo de la almohada, no sé si quiero pensar o no. El aire que se agota. El vaivén de algo. Y esa mascota fiel e incondicional: la incomodidad.

Pensar. No pensar no me sale. Abro el agua y pongo la cara de frente a la flor que dispara los chorros que a esa distancia casi lastiman. Los ojos abiertos intentando matar el reflejo de cerrarlos. Es agua, me digo, sólo agua. Agua caliente golpeando las pupilas: sólo puedo abandonar la posición cuando tenga la respuesta. La desesperación hace maravillas con las neuronas.

«Más de lo necesario», dijo.

¡Ahí está! Ese era el mono sordo que me chillaba en el oído. No la llamada, no la perorata de Fernando Rafael, no su acostumbrada incongruencia: no, esa frase. «Para que después no se arme más de lo necesario».

Me seco, me visto y con un café doble, negro y amargo me siento al lado del teléfono a esperar.

2

—Sí, Fernando Rafael me dijo que ibas a llamar.

—¿Ah, sí?

—Sí, cuando volvieras de judo.

—Tai Chi hago.

—Ah...

—Vos también deberías hacer.

—¿Judo?

—Algo.

—Ah. ¿Para cuidar el cuerpo decís?

—No. De tu vida. Algo.

La manera de arquear la A hacia abajo, de estirar la L. Toda la reprobación del mundo en el intervalo de dos letras.

—¿Llamaste para eso?

—No. Quisiéramos que vengas.

—Sí, ya me dijo Fernando Rafael. No me dijo para qué.

—Para hablar.

—¿De qué?

—¿Podrías venir hoy?

—¿Para qué?

—Para que hablemos

—¿De qué?

—Si quisiera hablar las cosas por teléfono, las hablaría ahora en vez de decirte que vengas, Gustavo. ¿No te parece?

—Me gustaría saber de qué vamos a hablar.

—Te estamos pidiendo que vengas, queremos encontrarnos con vos para hablar. ¿Tanto te cuesta?

—¿Sabés qué pasa? Nadie se encuentra para hablar. Es una estupidez. Es como decirle a alguien «¿Querés venir a casa a respirar juntos?», «Ey, ¿nos encontramos a usar las articulaciones?», «¿Te gustaría que nos reunamos a parpadear?». No es así. La gente se junta y de paso habla, que es lo que hacemos los humanos: emitimos sonidos que nos pusimos de acuerdo que significan determinadas cosas y hacemos como que decimos algo realmente. Invítame a comer, a ver una película o a bucear, y mientras, antes o después, hablamos. Eso es lo que me cuesta. Tener que encontrarme para hablar cuando no tengo nada para decir.

—Tal vez tengas algo que escuchar.

Ahá. Tocado.

—Escucho.

—No, por teléfono no. Venís y hablamos.

—Decime el tema, por lo menos. No me gustan los misterios, me ponen de mal humor.

—Tu estado natural.

—No, estaba bárbaro hasta que empezamos a jugar a los detectives.

Se aleja del teléfono y dice algo que no escucho bien.

—Gusti-Gus —Fernando Rafael tomó el teléfono—, por favor.

—¿No querés decirme? Dejá que lo adivine, entonces. ¿Alguno de los dos se está por morir?

—Gusti...

—¿Los dos?

—Gus...

—¿Les robaron?

—Gustavo.

—¿Se van a vivir al África?

—Gustavo.

—¿La huertita del balcón tiene un olmo que da peras?

—...

—¿El profesor de Tai Chi no es chino?

—Gustavo.

—¿Es un uruguayo estafador que en realidad se llama Microondas Gutiérrez?

—Gustavo.

—¿Van a adoptar un nicaragüense?

—Gustavo.

—¿Descubrieron que tu nariz en realidad es un siamés nonato? ¿Tienen pruebas de que Elvis está vivo? ¡Ya sé! Averiguaron el verdadero nombre de Dios y tienen miedo de darlo a conocer porque suena medio boludo y una gran parte del mundo se desmoronaría...

—...

—¿Cuál es? ¿Lelo? ¿Pip? ¿Cocoa?

—Gustavo...

—¿Seguro ninguno se está por morir?

—¡Por favor!

—Podemos estar así horas...

Olga María toma el teléfono.

—¿Querés venir a comer?

—Dale.

3

Pensé que había sido jaque mate.

Olga María es capaz de crueldades tan precisas y arrogantes que parecen limpias de maldad. Una flor en el centro de la paradoja. Una exposición de fotos sobre el hambre y la guerra en África en la galería de arte más exclusiva de Nueva York.

Croquetas de tofu y calabacín. Sopa crudivegana de sandía. Hamburguesas de soja texturizada. Humus de remolacha. Ensalada de batatas, manzana y pera. Vichyssoise. Aloo masala. Pakoras. Coliflor al curry.

Me esperaban con un banquete vegano digno del presidente de la Asociación Amigos del Berro Silvestre. Solamente verlo ya me revuelve el estómago.

—Pensamos que te iba a venir bien una comida sana, Gusti-Gus, no creo que estés comiendo muy

bien, ¿no? —alega Fernando Rafael después del abrazo siempre más largo de lo necesario.

Olga María y yo nos medimos a la distancia, breve y contundentemente.

—No te bañaste.

Recién llegué y ya me quiero ir. Son unos metros hasta la mesa. Metros de tiempo suspendido donde tengo que pensar si comer eso o no. Cuál es la mejor estrategia.

[Por suerte para mí, entre ser y no ser está la Historia Universal del Fraude. Todos somos el mono con navaja. Somos el mono y la navaja].

—¡Mmmmmm! ¡Qué delicia!

—¿Te gusta? —se entusiasma Fernando Rafael—. ¿A que no comías comida sana y casera hace meses?

—¡Extraordinario! Hacía mucho que no comía así.

—Me alegra.

Más allá Olga María prepara limonada con no sé qué. Revuelve y el sonido de la cuchara contra el vidrio es la música de fondo de esta mentira; sé que está atenta a nuestra conversación, pero no lo demuestra. Viene a la mesa con la jarra llena. Todo lo hace en silencio y sin mirarnos. Sirve en los tres vasos y se sienta al lado de Fernando Rafael, los dos de espaldas a la ventana, a contraluz: voy a hablar con el contorno de mis padres los próximos minutos.

—¡Te dije que le iba a gustar! El secreto está en las especias recién cosechaditas del balcón. Y por supuesto en el cariño que uno le pone a la preparación.

Lo mando al mono que habita mi cabeza a tomar nota. [Cariño en la preparación].

—De-li-cio-so. ¿Este plato es comida peruana?

—Hindú.

—Ah. Qué increíble cómo se parecen algunas culturas.

—Es que todo está conectado, de alguna manera.

Mono, esta otra también, por favor. [Todo está conectado].

—¿Ah, sí?

—¡Claro! Toda la humanidad viene del mismo lugar y va hacia el mismo fin, Gusti-Gus. Por más que nos hayamos dispersado durante miles de años en diferentes etnias y lenguas y culturas y geografías, hay una memoria celular, ancestral, que lo recuerda todo.

Mono, mejor grabá, no vas a llegar a anotar todo.

Sigo comiendo; mastico y mastico y la comida da vueltas en mi boca como la ropa en un lavarropas. La garganta se niega rotundamente a tragar esto, pero aguanto. Aguanto y espero. Ese es el juego: quién saca el tema primero, quién dice «¿Y? ¿Hablamos?». No voy a ser yo; apuesto a que Olga María tampoco. Hay una cuerda entre nosotros que se va tensando de a poco,

cada minuto que pasa sin ir a la cuestión, cada bocado de esta comida infame es una vuelta de clavija.

Olga María come como hizo todo toda la vida. Sin mirarme.

—Comé despacio, si no te va a caer mal.

—No creo que algo tan casero y hecho con tanto cariño me pueda caer mal.

—Siempre es bueno masticar bien. Masticar, masticar y después tragar. Para poder digerir mejor.

—¿Esto es melón?

—Pera.

—¿Y esto?

Por un rato llenamos el aire que nos mantiene con palabras que nombran ingredientes. Romero. Curry. Menta. Perejil. Garbanzos. Soja. Fernando Rafael está en su salsa: un erudito de boludeces. La pasión que le imprime a explicaciones de las que se puede prescindir por completo sin que la vida cambie en lo más mínimo sería admirable si no fuese tan estúpida. Las connotaciones astrológicas de cada alimento. A qué órgano del cuerpo «hacen felices» cada uno.

—Con algunas de las plantitas te diría que tengo una relación estrecha, de confianza: siento que las conozco, que las comprendo. Hasta tuve la necesidad de ponerles nombre. El romero se llama César, por ejemplo. Y la espinaca, Claudia. Por Clau-

dia Cardinale —aclara con tono pícaro el contorno parlante.

—Ahá.

—¿Vos sabías que el romero, por ejemplo, tiene montones de propiedades?

—¡Como el tío Jacinto! —le digo.

—¡Ja, ja! No, no, no. El romero es bueno para el hígado, para la memoria, para la circulación, para la diarrea, hasta para la depresión ayuda el bueno de César.

Qué gran aliada la impaciencia. Justo cuando pensaba que no iba a soportar más las chinchonerías de Fernando Rafael, me di cuenta: tres personas comiendo, tres platos, tres vasos, seis cubiertos, un pan para cada uno, vino, soda y jugo —tres bebidas— y nueve fuentes con comida. Múltiplos. Sólo agregar una cosa a la mesa le desequilibra el mundo.

Me levanto, voy hasta la cocina y traigo la panera. Se calla inmediatamente. Fernando Rafael tose, como atorado; Olga María ahora me examina, agarra la panera que traje, saca tres panes, los pone en la mesa y devuelve la panera a la cocina. Fernando Rafael deja de toser.

—Sí, mejor —digo—, así hay más lugar en la mesa. Vino no está tomando nadie, ¿no?

Agarro la botella y la llevo. Otra vez la tos. Olga

María trae de vuelta la botella diciendo que ella sí va a tomar un poquito; se sirve y toma. Traigo la sal. Tos. Trae la pimienta y el curry. Me como mi pan vaciando el bol de humus de remolacha. Tos. Repone mi pan. Llevo el bol vacío a la cocina. Tos. Sirve las croquetas que quedan, las coliflores y retira las bandejas. Traigo el teléfono a la mesa alegando la espera de un llamado. Tos. Se lo lleva mientras Fernando Rafael argumenta algo sobre las ondas electromagnéticas y los alimentos. Y así estamos un rato, quebrando y equilibrando esa aritmética ridícula: desfilan por la mesa repasadores, destapadores, cubiertos extra, otros vasos, otras botellas, libros, papeles, biromes, cubeteras. Y cada vez que rompo la tabla del tres Fernando Rafael se atora y tose. Y cada vez Olga María responde con la jugada adecuada y reestablece el orden al que está condenado su marido.

—Nos volvemos a Córdoba.

—¿Se van a Córdoba?

—Nos *volvemos* a Córdoba.

—Para nosotros es volver, Gusti-Gus. Es nuestro lugar en el mundo.

—Hace treinta y seis años se fueron. Vivieron un año ahí. Uno solo.

—Un poco más, Gusti-Gus, pero fue lo más significativo en nuestras vidas. Nos marcó para siempre y...

—Creí que había sido cuando nacimos nosotros.

Olga María, impertérrita. Hago como que le sostengo la mirada de a ratos, pero no puedo.

—¿Eso era todo? ¿Qué querés? ¿Que venga a regarte la huerta? No tengo llave; cuando te la pedí me contestaste: «Si ya te la di, Gerardo».

—Bueno, me confundí —dice nervioso Fernando Rafael.

—Pero después tampoco me la diste.

—No la necesitás.

—Bueno. ¿Y cuánto tiempo se van?

—No vamos a volver.

—Ah...

—Por eso te dijimos que nos volvemos, Gusti-Gus.

—¿Y adónde van?

—Ese no es asunto tuyo.

—¿Te parece? Soy su hijo, debería saber por lo menos dónde están.

—Lo que Olga María está diciendo es que no necesariamente. Fijate el reino animal: en muchas especies padres e hijos no están toda la vida juntos.

—¿De qué estás hablando?

—Preferimos no decirte a dónde vamos. No es tan difícil de entender. Ya está —conozco esa manera de Olga María dando por terminados los asuntos, pero no me voy a dar por vencido.

—¿Y si les pasa algo?

—Nos vamos a arreglar.

—¿Y el departamento?

—Lo vamos a vender.

—¿Cómo?

—Gerardo se va a ocupar —sigue Olga María.

—¿Y se va a quedar él con la plata?

—¿Eso es lo que te interesa?

—No.

—Entonces no preguntes.

—Nos la va a mandar, Gusti-Gus.

—Ah. Él sí sabe dónde van a ir. A él le dijeron.

No contestan.

—¿Y él está de acuerdo con todo esto?

Fernando Rafael va a decir algo, pero Olga María se le adelanta:

—Fue idea de él.

—No, bueno, no fue exactamente idea de él.

—Sí, fue exactamente idea de él.

Me llevo de la casa de mis padres una caja grande —que ellos ya habían preparado— con cosas mías que aún tenía ahí.